CYRUS C. DECOSTER

VALERA EN WASHINGTON

Hasta la última década del siglo XIX, los españoles se interesaban poco por los Estados Unidos, país nuevo y desconocido para ellos. Juan Valera, que desempeñó el cargo de ministro de España en Washington desde enero de 1884 hasta marzo de 1886, fue uno de los primeros hombres de letras españoles que visitaron la joven república. Por tradición y por educación, el cosmopolita Valera estaba en mejores condiciones que la mayoría de sus compatriotas para entender e interpretar la vida y cultura norteamericanas. Como diplomático había residido en Nápoles, Lisboa, Río de Janeiro, Dresde, San Petersburgo y Francfort. Hombre de gran curiosidad, por donde quiera que viajara se interesaba por el país y por su vida intelectual. Los Estados Unidos le presentaban un nuevo campo de estudio, un reto que él aceptó ávidamente.

Al llegar a Washington, Valera, que podía ya leer inglés con cierta amplitud, se dedicó resueltamente a aprender a hablarlo. Al terminar el año podía hacerse entender, aunque se avergonzaba de su deplorable acento. El único ejemplo que nos queda de su inglés es una carta escrita en marzo de 1885 a su hija Carmen[1]. El siguiente pasaje es típico de su rígido y nada idio-

[1] La familia de Valera permaneció en España, por haber rehusado su mujer trasladarse a este lejano país. Esta circunstancia tuvo para nosotros un feliz resultado, pues Valera fue un fecundo epistológrafo, y en consecuencia tenemos muchos datos acerca de sus actividades en Washington. Sus cartas a escritores como Narciso Campillo y Menéndez Pelayo tratan ampliamente de temas literarios, pero en las dirigidas a su familia, naturalmente más descuidadas y parlanchinas, expresa con frecuencia sus opiniones sobre los lados flacos del pueblo

mático estilo: «I received, five days ago, thy letter, without date, as many others, and I was very glad to know our new house is large, pretty and cheap: but I cannot find to my liking that thou mayest be so lazy as thou spontaneously avowest to be. Thou art very clever and witty and it is a thousand pities thou mayest dislike so much the study.» Pero hace honor a su ímpetu intelectual el que lograra a los sesenta años aprender a hablar un nuevo idioma, y gracias a este esfuerzo pudo llegar a conocer el país más a fondo.

Valera residió generalmente en Washington, haciendo sólo ocasionalmente breves viajes a Baltimore, Filadelfia y Nueva York. Cada verano, cuando ya no podía resistir el calor y la humedad de Washington, seguía al resto del Cuerpo diplomático a un paraje más agradable, principalmente a Newhaven, pero también visitó Naragansett, Nueva Londres, Rockport, Pigeon Cove, Saratoga, Niagara Falls, Albany y Boston. Aunque frecuentaba los sitios de moda, se arregló para ver gran parte del Este.

Consideraba las ciudades norteamericanas y las comarcas que vio sumamente atractivas. En Washington alquiló primero una casa en Lafayette Square, y más tarde, en el 1447 de Massachusetts Avenue. El plano regular de Washington, en contraste con el azoroso trazado de las ciudades europeas, le llamó la atención como curioso; explicó a su mujer la situación de la ciudad, las calles numeradas, las designadas con letras, las avenidas diagonales, y trazó un pequeño croquis para ella. Los numerosos parques, bulevares y jardines, con árboles por todas partes, constituían un verdadero edén, superior incluso a los jardines de Granada. El otoño con su encanto melancólico le hacía vibrar de manera especial. A Nueva York la visitó varias veces. Pero no pareció impresionarle mucho, pues la única cosa que encontró digna de comentario fue su animación y continuo tumulto; a Boston, en cambio, la consideraba la más bella y refinada ciudad

---

norteamericano y de su Gobierno. Las cartas a Campillo fueron publicadas por J. Domínguez Bordona, «Centenario del autor de *Pepita Jiménez*. Cartas inéditas», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo,* II (1925), 237-252; las que dirigió a Menéndez Pelayo, en el *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo,* ed. M. Artigas Ferrando y P. Sainz Rodríguez (Madrid, 1930), que en adelante citaremos por *Epistolario.* Las demás cartas a que se hace referencia en este artículo permanecen inéditas y en poder de los nietos de Valera, doña Dolores Serrat Valera y don Luis Serrat Valera. Les estoy sumamente agradecido por haberlas puesto a mi disposición.

de los Estados Unidos. Niagara Falls era un espectáculo maravilloso. El lujoso Newhaven oscurecía a Biarritz, mientras que lo que le llamó la atención en Saratoga, a la que comparaba con Vichy, fue el gigantesco hotel, capaz para más de mil personas.

Valera apreciaba la belleza de las ciudades y del paisaje de Norteamérica, pero era inevitable que, arraigado en la antigua tradición, echara de menos algo en el Nuevo Mundo. Todo era demasiado nuevo y carecía de asociaciones históricas. Como escribía a su hijo Luis: «Las cosas que pasaron, pueblan, animan y hermosean con su recuerdo y dan luz con su gloria, y aquí estas cosas faltan. Nada, ni escenas de la naturaleza, ni edificios, ni monumentos, dicen nada a la imaginación. Hay espectáculos magníficos, pero te dejan frío. El Niágara, por ejemplo, es pasmoso; pero a mí me encantó más el Monasterio de Piedra cuando le vi.»

Mientras Valera permaneció en Washington, las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, aunque tensas, fueron relativamente intrascendentes y no hubo mayores crisis. La principal misión diplomática de Valera fue protestar ante el Departamento de Estado norteamericano por las expediciones filibusteras que se suponían organizadas en Key West, Nueva Orleáns, Savannah, Mobile y otros puertos[2]. En noviembre de 1884, John Foster, ministro norteamericano en Madrid, había esbozado con el estadista español Albacete un tratado comercial recíproco para Cuba. Valera introdujo algunas modificaciones en el tratado, y esperaba que el Senado lo ratificaría, con lo cual aumentaría su prestigio ante su Gobierno. Sufrió un amargo desengaño cuando Cleveland, que acababa de ocupar su cargo, rechazó el tratado[3]. Años más tarde, Valera citó este incidente como prueba de que los Estados Unidos no buscaban el verdadero interés de Cuba. Acusaba a Norteamérica de abusar de su poder al urgir reparaciones para los ciudadanos norteamericanos,

---

[2] Esta correspondencia fue publicada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, de los años 1884-1886.

[3] John W. Foster: *Diplomatic Memoirs* (Boston, 1909), I, 256-260. Foster no se sintió impresionado por la habilidad diplomática de Valera: «Los que le conocían bien [a Valera] en su patria predijeron que no tendría éxito como ministro, puesto que no tenía disposiciones ni capacidad de trabajo para dominar las intrincadas y enojosas cuestiones suscitadas por nuestras relaciones con Cuba, a pesar de sus dotes sociales y de su talento literario. La predicción quedó demostrada...» *(Ibidem,* pág. 274.)

a los que se suponía económicamente perjudicados en Cuba, portándose luego de una manera vergonzosa y exigiendo dinero de éstos y, al mismo tiempo, del Gobierno español por no obligarle a pagar las reparaciones en su totalidad. Estos pleitos debían, a su juicio, resolverse ante los tribunales mejor que por vía diplomática.

Como los dos países apenas mantenían relaciones amistosas, Valera encontró su posición un tanto incómoda y difícilmente podría esperarse de él que se entendiera bien con los políticos norteamericanos. Les acusaba, en efecto, de ser incultos, estúpidos, incluso faltos de honradez: «Esta gran República, si sólo se atiende a los políticos, es el país más perdido del mundo. O son unos brutos o son unos ladrones, y a menudo ambas cosas»[4]. Pero sus ataques más duros los reservaba para Cleveland, al cual llamaba «un tío feroz» y «un animal de bellotas».

Durante toda su vida, Valera fue un gruñón crónico. En Washington, como en todas partes, constantemente se quejaba del tiempo, de su salud, de su situación financiera y de todo lo que le rodeaba. No sin razón consideraba abominable el clima de Washington; los sofocantes veranos le dejaban postrado, y no le gustaba salir en invierno por miedo a caer sobre el hielo. Los precios eran exorbitantes: un carruaje costaba doce dólares por día; la habitación de un hotel, de diez a doce; la visita de un médico, cinco. La cocina norteamericana era monótona, particularmente en los hoteles. Las sopas eran demasiado picantes; el pescado, detestable; la carne en conserva, desabrida; los platos nacionales norteamericanos, insípidos. A veces, según su humor, los yankis le parecían insoportables: «Me espanto de los extravíos, rarezas, locuras y delitos de por aquí. Los bárbaros, cuando se civilizan por casualidad, enloquecen y se corrompen más que el que lleva siglos de civilización»[5]. Se comprende que sintiera nostalgia lejos de su familia, y la repentina muerte de su hijo mayor y predilecto, Carlos, en agosto de 1885, fue un golpe tremendo. Aunque cuando estaba desalentado se mostraba extremadamente cáustico contra los Estados Unidos, las más de las veces se divertía, y entonces su juicio sobre los norteamericanos y su civilización solía ser totalmente favorable. Recién llegado, la vida en Washington le parecía más alegre, más divertida y la gente más hospitalaria que en Lisboa; más tarde, en Bruselas,

---

[4] *Epistolario,* pág. 200.
[5] *Ibidem,* pág. 221.

echaba de menos la fácil llaneza de los yanquis. La importante posición del ministro español en Washington le llenaba de satisfacción. Su patriotismo se sentía halagado por el hecho de que los norteamericanos se dieran cuenta, mejor que los europeos, de los éxitos de los conquistadores y del papel que España había desempeñado en la colonización del Nuevo Mundo, y en consecuencia, se sintieran más cercanos a España que los ingleses o franceses[6].

Alardeaba ante su mujer de la encomiástica recepción que le había tributado a su llegada la Prensa norteamericana; al parecer, se ilusionaba fácilmente, porque las noticias que dieron los periódicos de Washington, por ejemplo, fueron extraordinariamente superficiales. Encontraba la vida social muy activa; durante la temporada había una incesante ronda de recepciones, convites, bailes y banquetes que no le dejaban tiempo para aburrirse. Insistía con su mujer en que fuera a reunirse con él o, si no quería hacer el viaje, que le enviara los chicos, asegurándoles que todos lo pasarían muy bien. Había incidentes divertidos de que escribir: un tal Mr. Coffee, que se intoxicó en una fiesta y mordió a una señorita en el brazo; la vieja mujer de un magistrado del Tribunal Supremo, a la que le gustaba el ponche demasiado y que insistía en servirle a él, de su propio plato, ensalada de zanahoria, cosa que le repugnaba intensamente.

En conjunto, los americanos le parecían a Valera torpes, sólo interesados por los negocios, que él estigmatizaba como «robos y bellaquerías para coger dineros». Con frecuencia, eran rudos y descorteses: «más toscos que los cabreños» (término que humorísticamente aplicaba a los habitantes de su nativa Cabra, en vez de *egabrenses).* Acusaba a los diputados de mascar tabaco, de poner los pies sobre la mesa cuando estaban sentados, de sonarse las narices con los dedos. Para Valera, siempre parcial en favor del sexo femenino, las norteamericanas eran mucho más interesantes que los norteamericanos, más finas y más cultas. Muchas señoritas eran consumadas lingüistas y, sin pedantería, muy versadas en ciencias y literatura. La hija del juez Miller sabía latín, francés, italiano, español, alemán y griego; pero lo verdaderamente definitivo para Valera era que había leído *Pepita Jiménez.* Aunque le extrañara, no censuraba la libertad de que gozaban las jóvenes, yendo a tertulias y teatros o saliendo a caballo sin

[6] *Ibidem,* pág. 265.

«carabina», situación muy diferente de la vigilancia a que estaban sometidas las mujeres en España, especialmente en Andalucía. Su sobrino Juanito Mesía, que trabajaba a sus órdenes en la Legación, y otro joven diplomático habían pasado un fin de semana en Fuerte Monroe con dos chicas sin que sucediera nada reprochable. Valera aprobaba calurosamente el respeto manifestado a las mujeres y afirmaba que se guardaban más fidelidad los matrimonios norteamericanos que los españoles.

A lo largo de su vida, don Juan Valera hizo honor a su nombre, y el número de sus conquistas amorosas es legendario. Decía que las mujeres norteamericanas eran apasionadas y decididas, y lamentaba no ser más joven. Aunque ya había pasado los sesenta, se vio envuelto en un picante y trágico lance amoroso. Thomas Bayard, de una distinguida familia de Delaware, era secretario de Estado en el Gabinete de Cleveland. Su mujer andaba enferma y su hija mayor, Katherine Lee, que por entonces tenía veintiocho años, era su huéspeda oficial. Valera la conoció probablemente a principios de 1885, y desde entonces visitó frecuentemente la casa. Por sus fotografías, Katherine parece esbelta, más bien guapa, y de aspecto romántico. De las ocasionales referencias a ella en la correspondencia de Valera se deduce que éste la consideraba una compañera interesante. A instancias de ella comenzó a traducir al inglés sus *Cuentos y diálogos;* ella corregiría su traducción, y Valera esperaba publicarla más adelante. La profundidad de los sentimientos de Valera por ella sólo puede ser objeto de conjeturas; pero lo cierto es que ella se enamoró de él locamente. Doña Dolores Serrat tiene un paquete de cartas escritas a Valera por Catalina, como él la llamaba. Estas notas, muchas escritas a lápiz, son de tono sentimental y apasionado; en ellas le reitera cuánto le ama, cuánto le echa de menos, cómo desea darle ánimos y le insiste en que se cuide. El 13 de enero de 1886, Valera recibió noticias de que se le trasladaba a Bruselas. Tres días más tarde ella se suicidaba.

En poder de doña Dolores Serrat hay también otro grupo de unas veinte cartas escritas a Valera por otra joven americana, Mary Jessup Sitgreaves. Su tono es amistoso, admirativo, casi de veneración. En general, se muestra reservada, pero ocasionalmente alza el velo de su amor: «Por qué no está usted aquí esta noche, cher ami? Si estuviera, podríamos salir juntos y, en esta oscura noche de verano, casi perder de vista por unos momentos la imprecisa línea que separa l'amitié y l'amour» (4 de junio de 1887).

Valera no estudió nunca sistemáticamente la civilización norteamericana; pero, a juzgar por sus diversas observaciones sobre la materia, su juicio sobre ella parece completamente objetivo. Contemplaba con sentimientos mezclados la llamada calidad democrática de la sociedad americana. La divertía que, cuando sus visitantes no le encontraban en casa, se detuvieran a charlar con su criado español, Víctor, que era bastante necio. Sin embargo, veía cuán intolerantes podían ser los norteamericanos frente a otras razas: negros, indios y chinos. La costumbre del presidente y de los estadistas norteamericanos de llevar traje de calle en las ceremonias oficiales, mientras que los ministros extranjeros se presentaban en uniforme de gala, le parecía, en parte, afectación democrática, puesto que la alta sociedad de Washington era, en realidad, intolerablemente formalista, y la gente hacía más reverencias y zalemas al insoportable Cleveland que los europeos a sus reyes, de donde concluía Valera que una República es más servil que una Monarquía.

Valera repitió las críticas estereotipadas de que la civilización norteamericana era extraordinariamente materialista y que los norteamericanos sacrificaban la calidad a la cantidad. De ordinario le divertía más que le enojaba su constante afán de crear algo mayor y mejor, como el monumento a Washington, que había de ser el más alto de su clase en todo el mundo, la inmensa cúpula del Capitolio, los gigantescos hoteles y los altos edificios públicos. Cuando iba al circo en Washington le hacía sonreír el *slogan* de Barnum: «The Greatest Show on Earth» («El mayor espectáculo del mundo»); pero la función le impresionaba.

No es extraño que Valera considerase deficiente la cultura de los Estados Unidos. Hablando de lo bien que presentaban los libros los editores norteamericanos, decía: «Todo lo mecánico se hace aquí perfectamente», dando por sentado que los resultados eran menos halagüeños en el terreno artístico. Los arquitectos norteamericanos eran pedestres cuando imitaban los modelos europeos, y grotescos cuando intentaban ser originales. No le gustaba ir al teatro en Washington a causa de la mediocridad de las obras que se representaban. Pero la literatura norteamericana era otra cosa, y el juicio de Valera sobre ella, si puede ser tachado de algo, es de excesivamente elogioso.

Antes de su llegada a Washington, Valera sabía poco de los escritores norteamericanos; pero, una vez allí, aguijoneado por su curiosidad intelectual y también por el deseo de mejorar su inglés, comenzó a leer vorazmente. Prefería los poetas, e infinitas

veces escribió en tono sumamente elogioso sobre Whittier, Longfellow, Emerson, Poe, Lowell y Story. En octubre de 1885 concibió el plan de traducir unos cincuenta o sesenta poemas de una docena de los principales poetas norteamericanos, escribiendo una introducción sobre la poesía norteamericana y publicando el libro con el título de *Ecos de América*. Pero, como tantos proyectos suyos, tampoco llegaría a realizarlo[7].

Aunque, gracias a los esfuerzos de Ticknor, Longfellow, Irving y Lowell, los norteamericanos comenzaban ya a familiarizarse con la antigua literatura española, por el tiempo en que Valera llegó a Washington, los novelistas españoles contemporáneos eran aún virtualmente desconocidos. Valera, a quien impresionó la gran demanda de libros en los Estados Unidos, sostenía que este mercado debía ser explotado por los editores españoles, pero hasta 1886, muy poco antes de su partida, no entró en negociaciones con Appleton para la publicación de una traducción inglesa y una versión española de *Pepita Jiménez*. Appleton le había hecho creer que podría vender una edición de cincuenta mil ejemplares y que sus derechos del diez por ciento llegarían a dos mil quinientos dólares. Si *Pepita Jiménez* se vendía bien, se traducirían sus demás novelas. A Valera le parecía haber descubierto una mina de oro. La traducción, hecha por Mary J. Serrano, irlandesa casada con un venezolano, apareció el 31 de julio de 1886. *Pepita Jiménez,* aunque generalmente bien recibida por la crítica, no tuvo el tremendo éxito de venta con que había contado Valera, quien acusó a Appleton de portarse con él sórdidamente. Le irritó sobremanera el hecho de que Appleton siguiera adelante y publicara la edición española en 1887, a pesar de haber él cancelado su compromiso. Temía que inundara a España con traducciones baratas de obras españolas, y opinaba que debía promulgarse una ley en España prohibiendo esta práctica indecorosa. Admitía, sin embargo, que la traducción norteamericana le había producido algo, mientras que las traducciones piratas publicadas en otros países (Portugal, Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y Polonia) no le habían dado una sola peseta.

Las principales revistas literarias reseñaron *Pepita Jiménez* a su publicación, y, en conjunto, sus comentarios fueron favora-

---

[7] En otro artículo pienso tratar con mayor amplitud de las impresiones de Valera sobre la literatura norteamericana.

bles, siendo especialmente laudatorios los de William Dean Howell y los del hijo de Nathaniel Hawthorne, Julian[8]. Sólo un reseñante anónimo de «Critic» le fue hostil: el prefacio era pomposo y la conclusión ofendía «no sólo al gusto puritano inglés, sino al sentido artístico». Valera, siempre sensible a la crítica, se disgustó por este juicio adverso, y dos días más tarde, en una carta a su primo José Alcalá Galiano, devolvía el golpe a su detractor: «En Nueva York han traducido mi *Pepita Jiménez* y la han publicado los Appleton. Parece que se vende mucho. Los periódicos hablan no poco de ella: unos bien y otros mal. Ahora, como aquellos tunos son tan hipócritas, han dado en calificar de inmoral, impura y escandalosa mi novela. Acaso esto haga que se venda más... Pero a mí, a pesar de la ganancia que esto pueda traerme y que me hace tanta falta, me duele de un modo atroz, en el fondo del alma, que aquella canalla, que no tiene más Dios ni más moral que el *dollar,* me maltrate y ofenda a la buena, candorosa y apasionada heroína, y todo porque se lo larga a don Luis, como si las *yankees* no se lo largasen nunca a nadie.»

Las reacciones de Valera frente a los Estados Unidos son aproximadamente las que podrían esperarse de un español que visitara este país por el ochenta y tantos, y a pesar de sus ocasionales y vitriólicos exabruptos, en conjunto, son totalmente objetivas. A veces, como en lo relativo a la literatura norteamericana, sus juicios son incluso benévolos. Difícilmente podría esperarse de un español aristócrata y cultivado que lo aprobara todo en un país nuevo y en formación como los Estados Unidos. Si las observaciones de Valera sobre la sociedad norteamericana parecen superficiales, hay que tener en cuenta que nunca escribe sobre este país de manera que se aproxime a lo sistemático. Mis citas son las más de las veces notas ocasionales entresacadas de su correspondencia. El tono cáustico de Valera, refiriéndose a la diplomacia norteamericana y a la política de los Estados Unidos, tampoco debe sorprendernos, puesto que las relaciones entre los dos países fueron extraordinariamente difíciles durante las últimas décadas del siglo XIX. Con toda su superficialidad, las opi-

---

[8] *Pepita Jiménez* fue reseñada por Howells en *Harper's Magazine,* LXXIII (noviembre de 1886), 962-964; por Hawthorne en el *New York World,* 15 de agosto de 1886, reproducido en *Las Novedades,* 26 de agosto de 1886, y anónimamente en el *New York Times,* 22 de agosto de 1886; en *Critic,* VI, 28 de agosto de 1886, 98; en *Eclectic Magazine,* XLIV (4 de noviembre de 1886), 568-569, y en *Nation,* XLII (4 de noviembre de 1886), 377. Entre 1891 y 1893, Appleton publicó traducciones de *Doña Luz, Pasarse de listo* y *El comendador Mendoza.*

niones de Valera sobre nuestro país debieran ser de interés para nosotros, puesto que fue uno de los primeros ejemplares de una especie más bien rara, un español interesado por los Estados Unidos y su cultura.

[*Arbor,* XXVII, 1954, págs. 215-223. Traducción del inglés de Valentín García Yebra.]